

LA ALEGRÍA DE LA RESURRECCIÓN

El P. Häring desarrolla su fantasía cuando dice: «En un gran congreso el demonio supremo habla así a todos sus muy amados e igualmente odiados diablos para conseguir la transformación de la Iglesia en un sacramento de pesimismo. Aprended la psicología moderna: ansiedad, angustia, tristeza, es ahora la consigna. Insistid piadosamente en la observancia de todos los mandamientos, salvo los del amor y la misericordia. No toleréis el sentido del humor, porque está vinculado a la humildad y podría resultar fatal. Colocad todos los días en el despacho del Papa una larga relación de acontecimientos sombríos que sirvan de base a su información; haced lo mismo con los obispos, sacerdotes y profesores. Sed intrépidos al combinar los diversos ingredientes piadosos, siempre que incluyáis el elemento básico y potentísimo del maloliente pesimismo» (Rebosad en la esperanza, 15-21).

«El pesimismo sólo nos deja ver las espinas en los rosales, la muerte en el hombre, la carne en el amor. Alimentados de pesimismo no vivimos la vida, la sufrimos. Todo lo malo de la vida se agiganta para el pesimista y además lo bueno se hace malo precisamente porque de todo escoge su fachada negativa. El alternarse lo bueno y lo malo no basta para enfangarnos en el pesimismo» (MIGUEL DELIBES, La sombra del ciprés es alargada).

1. Introducción

Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva etapa histórica, que coincide con el inicio del tercer milenio, con la aparición de la pandemia. Todo nacimiento conlleva dolor, superado después por una inmensa alegría. «Cuando una mujer va a dar a luz, siente tristeza porque le ha llegado la hora; pero cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y está contenta por haber traído un niño al mundo... pues lo mismo vosotros: de momento estaréis tristes; pero volveré a veros y de nuevo os alegraréis con una alegría que nadie os podrá quitar» (Jn. 16,21-22).

Ante este momento tan importante: “¿verlas venir?” o “arrimar el hombro”, ser “comadronas”...? ¿Qué podemos aportar?: la Buena Noticia: a Jesucristo y su evangelio. Su nacimiento produce alegría: «Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc.2,10-11). ¿Es posible vivir en alegría, no perder la paz, ante tanto sufrimiento? El corazón que se siente habitado por la Trinidad rebosa de gozo, alegría, paz... Una alegría que forma parte connatural de su existir y que le sale por los poros de su cuerpo porque se siente querido y al mismo tiempo enviado a comunicar esa experiencia a todos.

Las comadronas (evangelizadores que dan al mundo la luz de Jesucristo) del mundo en esta etapa histórica que nace no puede ser personas tristes, pesimistas, desalentadas, impacientes o ansiosas, sino personas que rebosan alegría, la alegría de una enamorado, enamorados de Dios, dispuestas a consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo.

La alegría, en verdad, es una manifestación de la paz interior: sentirse amado por Dios y amar al prójimo con la fuerza del Espíritu Santo. No podemos llevar la buena

nueva sin alegría. Cuando la revisión de vida o el análisis de la situación o la reflexión sobre las propuestas de acción, están marcadas por el mal humor, por la amargura, por la propuesta agria, por la ira o la tristeza, por el pensamiento absoluto, de tal modo que no queda espacio para la esperanza y confianza en Dios, no está el Espíritu de Dios actuando en este tipo de reflexiones. No podemos perder la esperanza y alegría en momentos de especial dificultad.

Nos encontramos, a veces, con personas pesimistas, tristes, irritadas, agresivas, con crítica amarga, ocupando el papel de profetas malhumorados... Esta actitud se parece bastante a la actitud del fariseo con el publicano. El cristiano que se deja conducir por el Espíritu encuentra dentro de sí otros frutos: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo» (Gal. 5,22), que se nos manifiestan en el olvido de nosotros mismos, en agradecer los innumerables dones que Dios nos concede a lo largo del día, en sentirnos queridos por El, en querer a nuestros hermanos.

Donde hay una persona de calidad interior mira la realidad, aunque nos produzca desconcierto y dolor como en el momento presente, con esperanza que no nos roba la alegría y la paz interior. Miremos ahora a Jesús que pareciera dormir mientras la barca se hunde para escuchar «No tengáis miedo».

2. El secreto de la insondable alegría de Jesús

Si Jesús irradia paz, seguridad, alegría, disponibilidad, en toda ocasión, es por el amor inefable con que se sabe amado por el Padre: «Tu eres mi hijo amado, mi predilecto». Jesús tiene un conocimiento, exhaustivo, un conocimiento de la voluntad de Dios su Padre que se torna amor: «El Padre me conoce y yo conozco al Padre» (Jn. 10,15).

La alegría, que experimenta la Trinidad, Jesús nos la quiere hacer llegar a nosotros: «Yo les he revelado tu nombre para que el amor con que Tu me has amado esté con ellos y yo también esté en ellos» (Jn. 17,26). Esta alegría de estar dentro del amor de Dios en Cristo Jesús comienza ya aquí en la tierra. Es la alegría de ser hijos de Dios en el Hijo: «mirad qué amor nos ha mostrado el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!. El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3,11-2). «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!» (Gal. 4,4-7).

La alegría de los hijos de Dios es una alegría que requiere confianza total en el Padre y en el Hijo, dejándonos guiar por el Espíritu Santo. Es una alegría que tiene por fundamento no el tener, sino la donación de nosotros mismos, el dar una preferencia absoluta a las cosas del Reino de Dios. Es la profunda y exigente alegría de las bienaventuranzas: «Dichosos vosotros los pobres...». Alegría de participar en la muerte y resurrección de Cristo, por el don del Espíritu Santo. El Padre lo resucita como prueba de amor y fidelidad a su súplica: «Padre glorifica a tu Hijo para que...» (Jn. 17,1). «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» Jn. 20,20. «No acabando ellos de creer aún de pura alegría y asombro» (Lc. 24,41).

Los sufrimientos de la vida no quedan eliminados con la alegría cristiana pero, en verdad, adquieren un nuevo sentido si lo asumimos en unión con Cristo muerto y resucitado. La alegría pascual es don y regalo del Espíritu. Si nos dejamos guiar por el Espíritu podremos gustar la alegría espiritual más profunda que es vivir en la comunión

con la Trinidad Santísima y participar de su misión para el mundo. La fe hace que la alegría pueda coexistir con el dolor: «He perdido el uso de las piernas, de los brazos, de las manos. He llegado a estar casi ciego y casi mudo. Pero no hay que tener en menos estima lo que aún me queda que es mucho mejor: siempre tengo todavía la alegría de los otros dones que Dios me ha dado tengo sobre todo la fe» (Giovanni Papini).

Esta experiencia mística a la situación presente nos lleva a mirar y querer al mundo nuevo que nace con el cariño y la ternura de Dios, gozando como Jesús de Nazaret gozaba mientras estuvo con nosotros. Miremos como Jesús los signos de esperanza que hay a nuestro alrededor. Jesús resalta la alegría del sembrador, la mujer que halla un tesoro escondido, el pastor que encuentra la oveja, la mujer que encuentra la dracma, los invitados al banquete, la alegría de las bodas, el padre que recibe al hijo pródigo, la mujer que acaba de dar a luz, la conversión de Zaqueo, la generosidad de la viuda... Jesucristo se siente inundado por una gran alegría cuando comprueba que los más pequeños tienen acceso a la revelación del Reino, cosa que queda escondida a los sabios y prudentes (Lc. 10,21).

En estos días, más que nunca, nos sentimos débiles y desamparados. No tenemos más fuerza que aquella que el Espíritu nos regala.

Pidamos, esperando revivir litúrgicamente la Resurrección de Nuestro Señor, que nos envíe los dones de su Espíritu Santo en forma de amor, alegría y paz.

3. Una catequesis hermosa de san Francisco sobre la verdadera alegría.

Las Florecillas de san Francisco, escrito de un autor desconocido en dialecto toscano, fueron escritas en la segunda mitad del siglo XVI. El maravilloso relato de Las Florecillas nos hace vislumbrar el secreto para vivir en perfecta alegría.

«En una tarde de invierno, fray Francisco volvía de Perusa a santa María de los Ángeles, en compañía de fray León. El tiempo era crudo: la nieve cubría las faldas de la montaña. En el llano caía una lluvia tupida y helada que las ráfagas de viento arrastraban con rabiosa violencia. Los senderos estaban desiertos y barrocos. Los dos frailes, con la capucha en la cabeza y la túnica mojada que se adhería a la piel, caminaban en silencio uno tras otro, cuidando donde colocar los pies descalzos, para no resbalar.

De improviso, como continuando su meditación interior, el Santo comenzó a decir a su compañero que lo precedía unos pasos:

-Fray León, aun si los frailes menores diesen al mundo un gran ejemplo de santidad, escribe que en esto no está la perfecta alegría. Fray León no contesto nada. Siguió su camino, levantando de vez en cuando la mirada hacia adelante. ¡Santa María de los Ángeles aún quedaba lejos!

Después de un poco, el Santo, rompiendo de nuevo el silencio, exclamó:

-Fray León, aun si los frailes menores pudieran dar la vista a los ciegos, enderezar a los tullidos, devolver el odio a los sordos, dar el habla a los mudos, incluso resucitar a los muertos, escribe que en esto no está la perfecta alegría.

Después de otro largo trecho, Francisco volvió a decir:

-Fray León, si el fraile menor supiera hablar todas las lenguas, si conociera todas las ciencias, si supiera todas las escrituras, si pudiera predecir el futuro y leer el secreto de las conciencias, escribe que también en esto no está todavía la perfecta alegría. Fray León parecía no estar prestando atención a las palabras del Santo. Se había vuelto hacia

atrás. En cambio, las meditaba en su corazón, procurando comprender su significado. Mientras tanto, la lluvia seguía cayendo, calando a los dos frailes hasta los huesos, y el viento castigaba implacable las piernas desnudas de los dos frailes.

Aun, unos cuantos cientos de metros... Después Francisco prosiguió su retahila:

-Fray León, ovejuela de Dios, aun si los frailes menores pudieran hablar con los ángeles, si conocieran los misterios de las estrellas, si les fueran revelados todos los tesoros de la tierra, los poderes de las aves, de los peces, de los animales, de los hombres, de los árboles, de las piedras y de las aguas, yo te digo y te repito escribas, que tampoco en esto está la perfecta alegría.

Unos dos kilómetros después, embargado de mayor entusiasmo, con voz más alta, casi gritando acentuó:

-Fray León, también si el fraile menor pudiera predicar tan bien hasta convertir a todos los fieles en Jesucristo, tampoco en ello estaría la perfecta alegría.

Fray León salió finalmente de su silencio y con humildad preguntó:

-Y entonces, Padre, yo te ruego en nombre de Dios me digas donde está la perfecta alegría.

Y el santo contestó así:

-Si una vez llegados a santa María de los Ángeles, empapados de lluvia, tiritando por el frío, embarrados hasta los ojos, atormentados por el hambre... si llamamos a la puerta y el portero mirando airado por el agujero nos ve... y comienza a gritar: "Idos, malhechores y mentirosos... vosotros sois ladrones que buscáis hurtar las limosnas de los pobres...", si soportamos con paciencia todos estos insultos, escribe fray León, que en esto está la perfecta alegría.

Y si nosotros, apremiados por el hambre y el frío, temblorosos por la noche, seguimos llamando a la puerta, y lo hacemos cada vez más fuerte, y llorando rogamos al portero que nos haga entrar por el amor de Dios... y él, saliendo con un nudoso garrote, nos agarra por la capucha y nos arroja por tierra, y nos frota contra la nieve, y nos muele a palos en las coyunturas, donde más duele, y nos sigue insultando y maldiciendo... Y bien, si todas estas cosas nosotros las soportamos con paciencia y júbilo, pensando en los sufrimientos de Jesús Crucificado, oh, Fray León, escribe que en esto, y solo en esto, está la perfecta alegría.

-Y ahora, Fray León, escucha la conclusión de todo este discurso... Nosotros no podemos gloriarnos de las gracias y buenas cualidades que poseemos. Son un don de Dios, el cual, como nos las ha dado, también nos las puede quitar... Sin embargo, podemos gloriarnos de una sola cosa porque es completamente nuestra: "Aceptar con amor los sufrimientos, los insultos, las penalidades de la vida". De esta manera daremos gloria a Dios y nuestro corazón gozará en la espera del premio eterno. Porque en todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos, ya que no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el Apóstol: *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si lo tuvieras de ti mismo?* (1 Cor 4,7). Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es nuestro; por lo cual dice el Apóstol: *No me quiero gloriarse sino en la cruz de Cristo* (Gál 6,14).

A Él sea siempre loor y gloria por los siglos de los siglos. Amén».

JOSÉ ANTONIO GUERRA (ed) *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época* (Madrid, 1998, 7ª edición)

4. Una reflexión para chequear nuestro sentido del humor y nuestra alegría

«Hace más de un año leí un artículo de Antonio Rojas Ramos, director de semanario navarro “La Verdad” en su sección titulada “La Chispa”. Confieso que disfruté con su lectura y me reí con sus ocurrencias. Trataba de la ironía y titulaba el artículo *Preguntar a la funeraria*. Hemos de recordar que la ironía y el humor, que se dan la mano, es fruto de la experiencia de la vida y, con frecuencia, de los muchos años. Recuerdo las palabras de una señora devota que después de asistir a Misa y escuchar la encendida homilía del predicador entró a la sacristía asida a un bastón para recriminar al sacerdote en mi presencia. Cuando se hubo despachado concluyó su discurso diciendo: “De todas formas hay cosas en la vida, como la sensatez y la ponderación, que solo se adquieren con el paso del tiempo. Le deseo, citó su nombre con benevolencia, que pronto tenga un poco de nieve en la cabeza y plomo en los pies. Verá la realidad de otra manera”. ¡Menuda lección y vaya ironía!

Página | 5

El premio Nobel de literatura en 1921, el francés Anatole France, escribió atinadamente que “La ironía es el júbilo y la alegría de la sabiduría”. Aquí viene bien traer la historia que leí en el citado semanario navarro sobre Georges Clemenceau, médico, periodista y político francés que alcanzó el cargo de primer ministro y jefe de gobierno durante la Tercera República Francesa. De su etapa de jefe del gobierno francés, se cuenta esta anécdota. Un día, Clemenceau, recibió a un político en su despacho, ese mismo día había muerto uno de sus ministros. El político se dirigió al primer ministro con estas palabras: “Quiero ponerme a su disposición por si cree que puedo ocupar el puesto del ministro fallecido”. El primer ministro curtido en miles de batallas dialécticas le contestó con tono solemne y jocoso: “Eso no es cosa mía, pregúnteselo a los de la funeraria”.

Cultivar el sentido del humor no es otra cosa que ver el lado amable de la vida. La risa, la ironía y la gracia nos ayudan a desdramatizar las pequeñas y grandes incidencias de la vida. Con frecuencia estamos demasiado serios centrados en nosotros mismos. Mi admirado humorista y dibujante Martinmorales en aquellas viñetas mágicas pinto hace años a un señor orondo y bien vestido que con puro en mano, mientras expulsaba el humo con autoridad decía: “Yo soy muy sencillo. Siempre digo mí después de yo”. Ganas de amargarse la vida y amargársela a cuántos se hallan a nuestro alrededor por falta de humor para reírnos de nosotros mismos. Cuando se tiene sentido del humor se domina la vida y se pueden superar las adversidades. Su carencia, vuelve a las personas suspicaces, hipersensibles, débiles ante las adversidades del día a día, gruñonas e insoportables.

Un cristiano que vive en conexión constante con la fuente de la Alegría, no puede, aunque sufra, tener cara de funeraria. Un regalo que recomiendo para estos días: la lectura de la exhortación apostólica del Papa Francisco, “La alegría del Evangelio”». (Artículo publicado en la Voz de Almería).

5. Oración para pedir a Dios la gracia de encontrar en las cosas sencillas la verdadera alegría.

Concédeme, Señor,
una buena digestión,
y también algo que digerir.

Concédeme la salud del cuerpo,
con el buen humor necesario para mantenerla.

Dame, Señor, un alma santa que sepa aprovechar
lo que es bueno y puro,
para que no se asuste ante el pecado,
sino que encuentre el modo de poner
las cosas de nuevo en orden.

Concédeme un alma que no conozca el aburrimiento,
las murmuraciones, los suspiros y los lamentos
y no permitas que sufra excesivamente por ese ser tan
dominante que se llama: Yo.

Dame, Señor, el sentido del humor.
Concédeme la gracia de comprender las bromas,
para que conozca en la vida un poco de alegría
y pueda comunicársela a los demás.

Así sea.

Santo Tomas Moro, mártir.